

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

DESGASTES

Todo el mundo lo dice por ahí á boca llena: ya está gastado el gobierno liberal. Muy en breve habrá que pensar en substituirlo. ¿Con qué? Con aquel gobierno silvelino que cayó hecho un guiñapo hace pocos meses. El cual á su vez había venido á substituir al gobierno liberal, signatario del Tratado de París. Y así consecutivamente.

Lector, si fueses por ventura, ó más bien dicho por desgracia, pródigo y gastoso, á buen seguro que te cause envidia este prodigioso don de la legalidad, que no pierde, sino que conserva lo que gasta. El duro que sale de tu bolsillo se desvanece y anonada para ti. Jamás le vuelves ya á echar la vista encima. Dos duros, amén de los de la lista civil, tiene la legalidad, poética y metafóricamente hablando, y son á saber: el duro Sagasta y el duro Silvela. Pues tal es y tan singular la condición de estas monedas, que el dueño que las gastó sigue, sin embargo, teniéndolas. ¡Habrás visto mayor portentoso! ¿Qué son todas las virtudes de la lámpara de Aladino comparadas con las de ese par de duros relivivos, inmortales, sempiternos, que no se pierden ni se consumen con el uso?

Quien no crea en los milagros, ha de tener por apócrifa tal maravilla. Persuadido de que todo al cabo lo desgasta el uso, no logrará darse á entender que puedan los estadistas monárquicos suscribirse á la ley de la natural usura del tiempo. Si cada vez que el Estado recoge por gastada la moneda pusiera de nuevo en circulación la que por gastada ya antes mandara recoger, esos fantasmas y simulacros de dinero acabarían por desvanecerse al roce de las manos del respetable público. Si cada vez que el deterioro de las prendas nos obliga á arrinconarlas las reemplazásemos con las que ya en otra ocasión fueron desechadas por inútiles, no tardaríamos mucho en ir cubiertos de harapos. ¿Qué especie de poder rejuvenecedor tiene la legalidad para trocar así en nuevo lo viejo, en flamante lo ajado, en útil lo inservible, y transformar en traje á la moda los andrajos de la política ropavejería?

Ni valga invocar en favor de esta rítmica alternativa entre dos desprestigios, la socorrida teoría de los barbechos. La tierra que descansa se rehace, se fortifica, se enriquece; recibe del sol, del aire, de las aguas nuevos vengeros de fecundidad; recobra para nuevo cultivo el perdido vigor. ¿Sucede lo propio á nuestros superhombres? Si Silvela cayó hecho trizas, ¿cuándo ni dónde se ha reconstruido? Si Sagasta cayó anonadado, ¿de qué suerte recobró el ser? ¿Qué milagro les ha transformado? ¿Qué señales dieron de haberse tornado en otros de los que siempre han sido? Eran ineptos, ¿se han vuelto aptos? Eran torpes, ¿se han trocado en hábiles? Eran ciegos, ¿se han hecho linceos? Eran obcecados, ¿se han convertido en clarividentes? Eran violentos, ¿se han transformado en imparciales? Eran egoístas, ¿son desinteresados? Eran pecadores, ¿se han arrepentido? ¿Por qué arte de magia han operado la peregrina metempsicosis de cuya eficacia quepa esperar en lo sucesivo acierto, fortuna, seriedad, patriotismo y desinterés de aquellos que fueron siempre dechados de todos los vicios contrarios á dichas virtudes?

¿Será la oposición la que contenga para nuestros marchitos estadistas esa agua de Juvencio? No neguemos en absoluto el poder regenerador de las caídas. Es un tópico entre los moralistas el de la eficacia santificante del infortunio. Pero es menester que el pecador ponga algo de su parte. No hay redención moral sin arrepentimiento y sin propósito de enmienda. La oposición pudiera ser para los estadistas pecaminosos el Jordán de sus culpas. Cuando la opinión no les aplaudiera como artistas, celebráralos al menos como críticos. Pero una oposición mentida, convenida, que deserta la causa de los intereses públicos para hacerse Celestina innoble de los excesos del poder, ¿qué ha de lograr sino acentuar el descrédito de los que se muestran tan infieles á su deber en la tribuna como en el gobierno y claudican caídos tanto como delinquieron triunfantes?

Procede sin duda el mal de la esterilidad del régimen. Es una planta que no da frutos. El rey podrá ser rico, pero la monarquía es indigente. La nación paga la lista civil, pero la Naturaleza niega á la legalidad su tributo de capacidades, de aptitudes, de caracteres, de hombres. La Restauración se viste de viejo porque no tiene ropa nueva. Allí por el año 73, un egregio vate que figura á la sazón entre los primates más avizores del liberalismo imperante, calificaba de infecunda á aquella República que, en once meses de vida, no supo, según él, dar á la patria un político, un poeta ni un soldado. ¿Qué debería decir hoy el autor de la elegía consagrada á la memoria del gran Ríos Rosas, acerca de esta Restauración de que es adepto, legalidad estéril, alimentada de desperdicios, vestida de desechos, repleta de los sobrantes de la revolución, que, en un cuarto de siglo de existencia, no ha engendrado un estadista, un militar, un hacendista, un reformador, ni siquiera un eximio parlamentario? Grave síntoma de caducidad y agotamiento.

No es ciertamente delito la esterilidad; pero si ha solido ser considerada muchas veces como justa causa de divorcio. El que esta falta de prole sea para lo existente una desgracia, no parece razón suficiente para que el país deba compadecer tal infortunio.

Porque, bien mirado, la legalidad no tendrá la culpa de ser infecunda; pero ¿la tenemos nosotros? ALFREDO CALDERÓN

AVENTURAS DE DON CARLOS

—¡Sapristi! Don Carlos, Carlitos... ¡Pues si no conozco otra cosa! ¡Bravo chico! Jugador, borracho, mujeriego... ¡Una mala cabeza! Pero sobre todo mujeriego. Ya no estará para bromas, que no en balde pasan los años, pero todavía debe quedarle el compás como á los músicos viejos... Si, toda una mala cabeza ese Borbón. ¡Pero si viera usted qué hombre más agradable en una juerga! Me acuerdo de una noche que estuvimos juntos en cierta casa *non santa* de Marsella. ¡Sapristi, y lo que nos divertimos! Y la fiesta nos resultó barata, porque á última hora Carlitos comenzó á tallar y dejó sin blanca á todas aquellas apreciables sílfides. Yo creo que no jugaba limpio; pero, en fin, si hizo trampas las hizo muy correctamente, sin que nadie se diera cuenta su destreza de manos...

Fué aquella una juerga completa, una juerga por todo lo alto. ¡Hubiera usted visto á Borbón bailar el cancan con la dueña de la casa, una respetable anciana de cincuenta inviernos! ¡Le hubiera usted oído cantar malagueñas y soleares con su voz un poco bronca y su pronunciación marcadamente extranjera! Le hubiera usted visto hacer juegos de manos como un consumado prestigeador; quitarle las ligas á una de aquellas mujeres sin que ella lo notase, y luego aparecer éstas, las ligas, flotando en un vaso de noche! ¡Pues y lo bien que imitó el ladrido del perro, el relinchar del caballo y el maullido del gato! ¡Oh, una gran persona para las fiestas de la orgía! Lo malo fué que, ya al amanecer, un poco trastornado por aquel horrible champagne de á cinco francos la botella, mi hombre se negó á pagar el gasto, y hubo precisión de amenazarle con llamar á los agentes para que abonara el importe de la cuenta.

Si, un sujeto muy divertido, un tanto loco, pero simpático y agradable como el que más... Yo creo que nunca sentará la cabeza. Genio y figura... Y es lástima, porque si llegara á ser rey de España es de suponer que hiciera algo por sus antiguos amigos de juergas y fatigas. ¡Y poco bien que me vendría á mí una placita de director general ó de subsecretario de cualquier ministerio!

¡Oh, Carlitos me quiere mucho! Yo le he prestado muy buenos servicios, y gracias á mí figuran en su lista más de una mujer difícil.

Todo por afecto á él, porque yo no cobraba nada por mi oficio de galeoto inteligente. Verá usted lo que nos ocurrió en Londres. Carlitos estaba enamorado de una miss que á él se le antojaba espiritual, rubia y alta como las espigas, de ojos intensamente azules, bien llenita de carnes, con pies y manos pequeñitas como los de una andaluza, abultada de pechos, ancha de caderas, de color pálido... Pero la tal miss era una virtud romana, y á pesar de sus veinticinco años no se había sentido aún mujer, y hasta creo que experimentaba cierto desprecio, cierta repugnancia hacia su sexo.

Visitaba, como profesora en partos, uno de los

barrios más populosos de Londres. Tenía una gran clientela y una gran fama como comadrona. *The Times* había hablado de ella con elogio en su sección de reclamos. Pertenecía á una familia ilustre; su abuelo paterno había formado parte de la Cámara de los lóres.

Pero, ya lo he dicho, era una virtud romana; algo más que eso, una virtud inglesa. Todos cuantos esfuerzos hizo Don Carlos para conquistarla fueron inútiles. Cartas de amor, ramilletes de flores, regalos de joyas... Pero gracias á mi astucia la esquivó miss fué al fin á parar á los brazos de su ilustre pretendiente.

La historia de aquella conquista es un tanto peligrosa de contar. ¡Una encerrona, figúrese usted, una encerrona!

Hice que Don Carlos se fingiera enfermo, fui á reclamar los auxilios facultativos de la miss, vino ésta á la fonda sin sospechar el engaño de que era víctima, la llevé al cuarto donde yacía su ilustre enamorado, eché la llave á la puerta y ya supondrá usted lo que ocurrió después.

El hecho es, amigo mío, que la miss se sintió al fin mujer, y que la fingida enfermedad de Don Carlos duró muchos días y muchas noches. Por lo visto se trataba de un parto difícil.

Luego, cuando Borbón se restableció, la miss le amenazó con llevarle á los Tribunales.

Pero fué prudente y se calló, y ahora es la mujer de uno de los más ricos comerciantes de Oxford, y ha abandonado por completo su peligrosa profesión de partera.

Conque ahora dígame usted, si después de los servicios que le llevo prestados á Don Carlos, tengo ó no derecho, en caso de que llegara á ocupar el trono, á ser director general ó subsecretario de cualquier ministerio.

Después de todo, yo me contentaría con que crease para mí una plaza nueva.

La de Galeoto general del reino.

MIGUEL SAWA

Soledad del alma

Nunca, oh, Señor, como en la edad presente, de su grandeza material ufana, el desamparo y soledad que siente ha sentido tal vez la raza humana.

Ni un símbolo ante el cual caer de hinojos, ni un sostén para el alma dolorida, ni una creencia á que volver los ojos, ni un ideal por el que dar la vida.

Aislados por un sórdido egoísmo los hombres en cenáculos diversos, cual piedras que descuaja el cataclismo y pulveriza en átomos dispersos;

sin una religión ni una doctrina en las que comulgar por un instante, de humana fe y autoridad divina la desolada negación triunfante.

Esta generación cuya alma hiela, Señor, el desaliento solitario, muerto y pendiente de la cruz, te vela, cual tu Madre en la noche del Calvario,

Y traspasada de terror siniestro, al rezar su oración de cada día, temerosa balbuce: «Padre nuestro... ¿Estarás en los cielos todavía?»

EMILIO FERRARI

DIÁLOGOS

—No hay solución, le digo á usted que no hay solución. Sagasta está gastado; Silvela es un majadero; el duque de Tetuán es un tonto; Moret no va á ninguna parte; Montero Ríos es antipático; Romero no inspira confianza; Maura es demasiado joven...

—Pero...
—La revolución no puede hacerse desde arriba ni desde abajo. Este es un país perdido. ¡Qué vengan pronto los ingleses á conquistarnos!

—Y cuándo se plantea la crisis?
—La hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios.
—Entendido.

—Este es un gobierno muerto. Urzáiz es una nulidad con pretensiones de gran hombre; González no ha sabido dar gusto á nadie, ni á los de arriba ni á los de abajo; Almodóvar, duque consorte, es tonto desde la cabeza á los pies; Villanueva barre hacia dentro, pero el polvo de los ferrocarriles secundarios ha llegado hasta la calle; Teverga es un inocente; Romanones le conceptúan en las altas esferas un tanto peligroso; el duque de Veragua es inepto; Weyler es una incógnita...

—De modo...
—Que todo el ministerio ha fracasado, pero que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.

—¿Pero se firmó ó no se firma la combinación de senadores?
—Le diré á usted...

—¿Y qué me cuenta usted de las fiestas de Mayo?

—Que Aguilera es, á su modo, un gran poeta, y no cree en la inestabilidad de las cosas humanas. Para ser optimista no hay como tener un bastón de mando en la mano.

—Dicen que Silvela...
—¡Silvela no va á ninguna parte! No es chicha ni limoná. Ni tiene carácter, ni sabe lo que es gobernar, ni sabe lo que es dirigir un partido. Cualquiera mejor que él. Villaverde, Dato, hasta el mismo Rancés... ¡Pero están verdes todavía!

—¿Conque al fin dimitió Pidal?
—Eso dicen, pero yo no lo creo. ¡Como no sea que su dimisión le convenga al padre Necedaleda!...

—¿Un nuevo cristino?
—No hay que temerlo. Moret cuenta con la confianza de la mayoría desde aquello de la hipoteca.

PENSAMIENTOS

Los gobiernos que blasonan de fuertes, son desde luego como los niños que cantan por disimular el miedo

Las tempestades sociales son como las atmosféricas: sobre los puntos más altos descaigan siempre sus fuerzas.

Los que quieren contener la revolución, á veces son arrastrados por ella, como los bomberos suelen ser víctimas del incendio cuando sofocarle quieren.

¡Oh! Si los reyes supieran todo lo que fueron otros, ó gobernarían bien ó dejarían el trono.

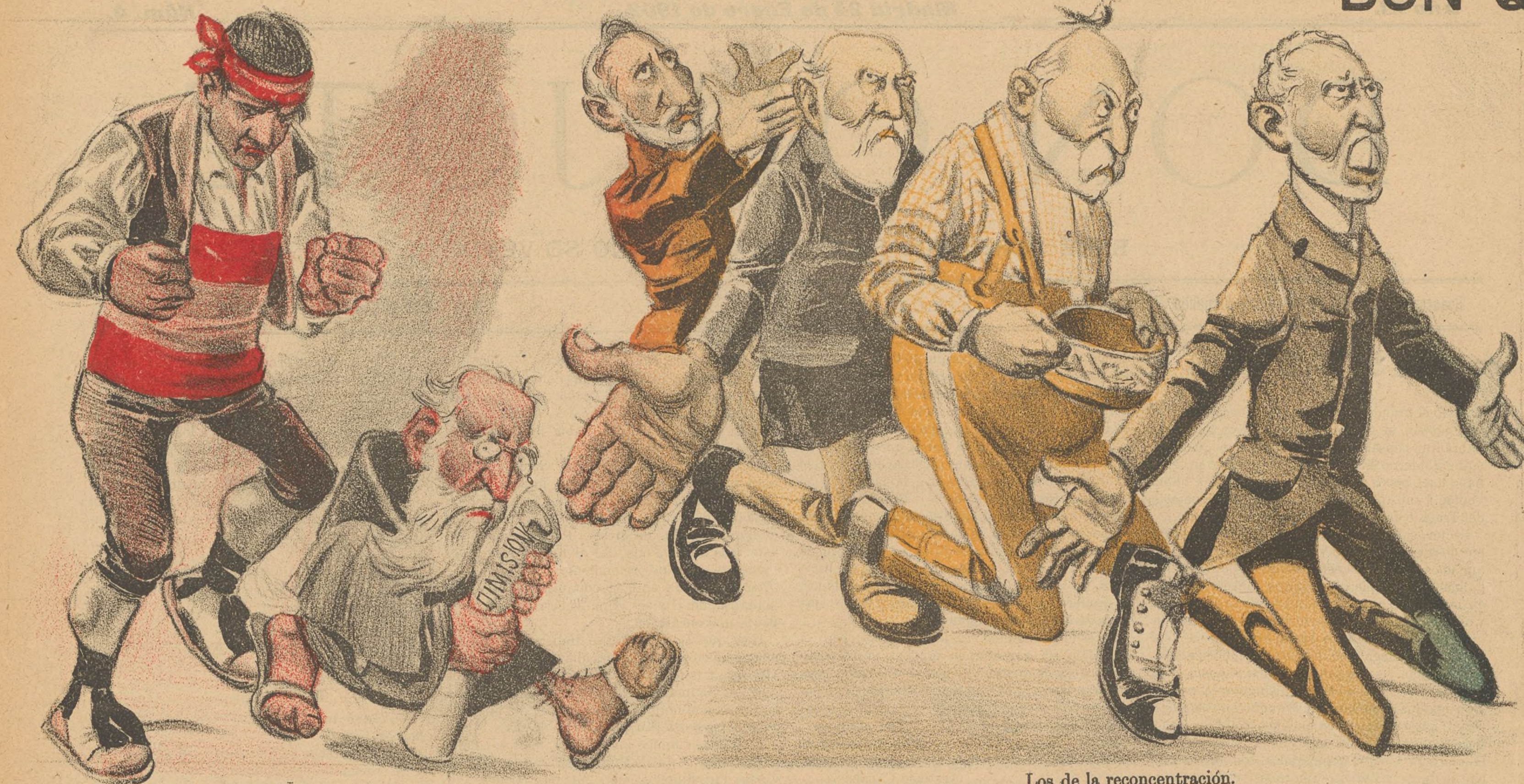
Me gustaría saber qué cara pone San Pedro cuando ve entrar en la gloria á un papa de los modernos.

El jardín de los justos es el cielo, el infierno el destierro de los malos y el purgatorio donde están las ánimas de la viña de los párrocos.

El gran error de los pueblos, que quieren la libertad consiste en que sólo rompen las cadenas, sin pensar en quien las forja... ¡Inocentes! ¿Qué culpa tiene el metal?

Hoy día en las procesiones que salen (no sé por qué) los que van de buena fe sólo son los gigantes.

DON QUIJOTE



—¡A ver si te haces cargo de esta indirecta!

Los de la reconcentración.
 —¡Una cartera por amor de Dios!



Iba por la calle yo,
 y uno, sin decirme nada,
 me pegó una bofetada.
 ¡Por cierto que me extrañó!



El viejo pastor. —¡Las ovejas se me vuelven lobos!

LOS NUESTROS



Leal da Cámara.



—¡Que va á haber hule!

LIT-MENDEZ-ISABEL LA CATOLICA-25-MADRID.

Es muy triste... y es muy cierto
que la fortuna de uno
representa la desgracia
de muchos.

¿QUÉ LO AFEITEN!

El Sr. Pidal, volviendo por los fueros de su dignidad ¡ya era hora!—ha presentado la dimisión de su cargo de embajador en el Vaticano.

Pero el gobierno no debe de conformarse con la simple destitución del hombre de la *summa teológica* y debe llevarlo á los tribunales por su defensa de los derechos del Vaticano en contra de los derechos de España.

El Sr. Pidal, estorbando la labor reformista del gobierno, oponiéndose mansamente á la revisión del Concordato, sirviendo, antes que todo, los intereses de Rampolla, es responsable de los delitos de desobediencia y desacato á las órdenes de sus superiores, y algo más que eso: es responsable del delito de traición á la Patria. Debe procesarse y debe condenarse. ¡Qué hermosa cabeza la del falso profeta asturiano para ser cortada por el hacha del verdugo!

Pero bien mirado el Sr. Pidal no merece los honores de la decapitación. Basta para su castigo y para satisfacción de la vindicta pública con que lo lleven á la plaza de la Cebada, ó á otra plaza cualquiera, y le rapen en público la cabeza y le afeiten la barba ¡su hermosa barba de evangelista!—y, una vez con la cara limpia, le den de azotes por lo más ha debido de pecar en la corte romana.

¡Sí, que lo afeiten... por mano de Silvela! Repitamos la leyenda de Sansón. Porque ese hombre, creánlo ustedes, no tiene fuerza más que en el pelo.

Y hay que cortárselo.

¿SAGASTA Ó NARVAEZ?

Habría que preguntar: ¿quién está en el poder? ¿Sagasta ó Narvaez? La previa censura está establecida de hecho. *El País* es denunciado arbitrariamente antes de ponerse á la venta, antes de salir á la calle. Se decreta la libertad de los agresores del director de *El Evangelio*, y á éste se le amenaza con llevarle á la cárcel si no presenta una fianza de cinco mil pesetas. Son detenidos y encarcelados los generosos jóvenes Barriovero, Emilio Rodríguez, Carvajosa y otros, por defender los derechos hollados de las cigarreras. En provincias se amordaza á la prensa y los caciques mandan apalear á los periodistas independientes. Son presos en Barcelona los obreros que defienden sus derechos en contra de los derechos del capital. La arbitrariedad reina por doquiera. No hay más ley que la ley del fuerte. La Constitución, hecha pedazos, sirve sólo de papel para el retrete. No gozamos de una sola libertad y vivimos sujetos á todas las tiranías.

Insistimos en nuestra pregunta: ¿quién está en el poder? ¿Sagasta ó Narvaez?

FELIPE IV

(RETRATO DE LA ÉPOCA)

Nadie más cortesano ni pulido
que nuestro rey Felipe, que Dios guarde,
siempre de negro hasta los pies vestido
Es pálida su tez como la tarde,
cansado el oro de su pelo undoso,
y de sus ojos el azul cobarde.

Sobre su augusto pecho generoso
ni joyeles perturban ni cadenas
el negro terciopelo silencioso.

Y, en vez de cetro real, sostiene apenas,
con desmayo galán, un guante de ante
la blanca mano de azuladas venas.

MANUEL MACHADO

EL PAJARO DE LA MONJA

Estaba yo en la reja del locutorio cuando la hermana Fessue decía á otra hermana: «Indudablemente la Providencia vela por mí; sabe el cariño entrañable que profesó á mi gorrión, que se hubiera muerto si yo no hubiera rezado diez *avemarías* para que se curase. Dios le ha devuelto la vida: demos las gracias á la Santa Virgen.»

Un metafísico que estaba con ellas le contestó: «Es cosa excelente, hermana mía, rezar *avemarías*, sobre todo cuando una doncella las recita en latín en un arrabal de París; pero no creo que Dios se ocupe de vuestro gorrión, aunque es muy hermoso; os ruego que penséis que tiene otros asuntos de qué ocuparse. Ha de ocuparse en dirigir continuamente el curso de diez y seis planetas y del anillo de Saturno, en el centro de los que colocó el sol, y tiene además que gobernar millones de millones de otros soles y de otros planetas. Las leyes inmutables y su concurso eterno mueven toda la naturaleza; todo está ligado á su trono

por una cadena infinita, de la que ningún anillo puede nunca estar fuera de su sitio. Si los *avemarías* que habéis rezado pudieran hacer vivir un instante más á vuestro gorrión, hubieran quebrantado todas las leyes establecidas para toda la eternidad por el gran Ser; hubierais desorganizado el universo, y hubierais necesitado un nuevo mundo, un nuevo Dios, un nuevo orden de cosas.

Hermana Fessue.—¿Creéis que Dios haga tan poco caso de la hermana Fessue?

El Metafísico.—Siento deciros que sois, como yo, un insignificante é imperceptible eslabón de la cadena infinita; que vuestros órganos, los del gorrión y los míos están destinados á subsistir un número determinado de minutos en este arrabal de París.

Hermana Fessue.—Siendo lo que decís, yo estaba predestinada á rezar un número determinado de *avemarías*.

El Metafísico.—Sí; pero no han obligado á Dios los *avemarías* á prolongar la vida del gorrión más allá de su término. La constitución del mundo entrañaba que vos en este convento, y á cierta hora, pronunciarais como un loro ciertas palabras en una lengua que no sabíais; que ese pájaro, que nació como vos por la acción irresistible de las leyes generales, estuviera enfermo y se aliviara, que vos creierais haberle curado rezando y que nosotros tendríamos esta conversación.

Hermana Fessue.—Siento deciros que me parece que esas ideas se resienten de herejía, y mi confesor, el reverendo P. Menón, inferiría de ellas que no creéis en la Providencia.

El Metafísico.—Creo que existe la Providencia general, de la que emanó para toda una eternidad la ley que rige todo el universo; pero no creo en una providencia particular que quebrante esa ley en beneficio de vuestro gorrión ó de vuestro gato.

Hermana Fessue.—Sin embargo, ¿qué contestaríais si os dijera mi confesor lo que á mí me dice, que Dios cambia todos los días de voluntad para favorecer á las almas devotas?

El Metafísico.—Me diría el confesor la mayor necesidad que un confesor de monjas puede decir al hombre que piensa.

Hermana Fessue.—¿Virgen santa, creéis que mi confesor es un necio?

El Metafísico.—No digo eso; lo que os dije es que trata de justificar, diciendo una gran necesidad, los falsos principios que desea imbuirlos para supeditarlos y dirigir todos vuestros actos.

¡Hermana Fessue!—¡Hola, hola! Meditaré lo que decís; porque merece reflexionarse.

VOLTAIRE

EPIGRAMAS

El santurrón don Gaspar,
con religioso fervor,
acosó umbra á recordar
en dónde nació el Señor:
¡allí debiera él estar!

En una revolución
el socialista Villodas
gritaba: ¡Mueran los gordos!
¡Y él pesaba doce arrobas!

Un librero en el mercado
vendiendo libros estaba,
y ¡A tres reales—exclamaba—
el Código del Estado!
—Es muy triste—dijo Unceta
mal reprimiendo su saña—
que las leyes en España
no valgan una peseta.

Preguntábale á un chicuelo,
su profesor don Clemente:
—¿Cómo está Cristo en el cielo?
Y el muchacho, con anhelo,
respondió:—¡Perfectamente!

Eres marqués, conde, duque,
y no obstante, caro Andrés,
no logra grandeza tanta
encubrir tu pequeñez.

En cierta infeliz nación
cuantos gobiernos mandaban
solemnemente juraban
guardar la Constitución.
Y todos, por Barrabás,
cumpliendo lo que ofrecían,
guardarla tanto solían,
que no la usaron jamás.

Que es consecuente, á la gente
cuenta el político Ernesto,
y el muy taimado no miente:
ninguno hay más consecuente...
en comer del presupuesto.

A juzgar por lo que escucho,
la baronesa de Ozobres
todo se lo da á los pobres...
—¿Todo? ¡Me parece mucho!

LIBORIO C. PORSET.

¿MADRES?

La vi hace pocas noches, arrebuja en pieles, cubierta de irisados diamantes; el espectáculo terminaba tarde, y cuando de madrugada presentóse á la puerta del coliseo, el soberbio tronco de yeguas parecía humear al sentir el contacto de una atmósfera helada sobre los sudorosos lomos. Un muchacho desaharrapado, ligero, como sedimento del hampa, corrió á abrir la portezuela del vehículo á *ocho resortes*. Pasó á mi lado la aristócrata con el orgullo de una canonesa, espléndida, con su áureo cabello partido arrollado en la nuca y las sienes sobre deliciosos perfumes. Detrás iba una niña pequeña, un juguete animado, con el cabello desprendido, los ojos muy abiertos, como hechos á ver magnificencias; las mejillas encendidas y mal cubierta la nítida garganta con su abrigo de paño *beige*. Subieron al carruaje, las yeguas arrancaron á las piedras haces de chispas, y la visión desapareció, perdiéndose en la sombra como un torbellino.

Poco después ha salido otra mujer del teatro, arrebuja en un mantón de lana, llevando de la mano á un pequeñuelo que gimoteaba. Ha visto alejarse el carruaje y ha dicho entre dientes: ¡*Unos tanto y otros tan poco!*

Y yo... he sentido lástima de las dos. La primera, la dama encopetada, personificaba la soberbia: la otra, la mujer del pueblo, me representaba la envidia. Ninguna evocaba á la madre. No: las madres verdaderas tenían á aquellas horas á sus hijos dormidos, resguardados del frío, de la humedad, libres de la modorra, de la congestión, de los gérmenes viciales del espectáculo y de los tempranos llamamientos á la sensualidad.

¿Qué más da ser miserable ó poderoso, cuando no se sabe apreciar la vida de un niño, cuando no se acierta á concentrar la felicidad en esas cabeceas doradas, cunas de almas que aún no despiertan capullos de ideas que todavía yacen en embrión?

No sé si he dormido ó he meditado; pero he visto á los tres niños en un jardín muy bello y muy triste, con árboles muy azules y flores muy pálidas y una luz muy difusa y melancólica como la del alba invernal. Allí estaban sentados los tres en un banco de piedra, departiendo amigablemente, como si toda la vida se conocieran, al pie de una fuente que destilaba lágrimas y un sauce que al moverse modulaba suspiros.

—Yo no sé cómo fue—dijo el golfo—; pero una noche, al abrir una portezuela, sentí un frío muy grande en la espalda y un dolor aquí en el costado, que me penetraba como un hierro agudo. ¡Esto va malo—dije y eché á correr; pero en seguida empezó la calle á dar vueltas y caí en la acera. Unos guardias me recogieron, y ya no sé más sino que á los seis días me llevaron en el furgón. ¡Por fin, yo también iba en coche!

—Pues yo—interrumpió el niño—fui con mamá á ver una función muy bonita. ¡Vaya un calor que hacía! Yo no podía respirar, y la verdad, no entendía palabra de lo que allí hablaban. Empecé á dormirme; mamá me dió un lindo cachete, con lo cual rompí en llanto. ¡Vaya una gritería que se armó! ¡A la calle! ¡Fuera quichillos!, decían todos. Yo me asusté y callé, aunque me estaba ahogando... Al salir cogí frío y estuve ocho días sin poder respirar, con un ardor terrible. No sé qué me apretaba la garganta; y, por último, compró mamá una cajita blanca y me metió allí como á un muñeco. Me acuerdo que gritaba mucho y decía: «¡Hijo mío! ¡Quién lo iba á pensar!»

—Por mi parte—dijo la pequeñuela—he sido más afortunada, porque vi la función en palco y no me dormí. Iba descolada y estaba muy mona. Lo peor fue que al llegar á casa tardaron en abrirnos, y como estaba la habitación tan fría, caí enferma. ¡Si vierais cuántas luces y cuántas flores me pusieron después! Cada amigo traía una corona con largas cintas. Cuando salí de casa iba en un carruaje con ocho caballos enpenachados y la gente se paraba á verme pasar. Por último, me pusieron en un monumento de mármol y toda la noche me velaron criados de librea con hachas encendidas. He muerto, en fin, como una señorita.

—¡Toma, toma!—saltó el dropecillo—¡Como una señorita y no tenías cama dónde dormir!

—¡Ya lo creo que la tenía!—dijo la damisela.—¡Y con un pabellón de raso y edredones de terciopelo, y una piel de mongolia para abrigarme, y un buen vaso de ponche caliente con azúcar que daba gusto beberlo!

—Entonces fuiste una tonta como una casa en salir á tomar el fresco en una noche tan perra. ¡Mia tú que si yo hubiera tenido cama blanda y caliente y *tó eso* que dices!

—Ya ves tú: mamá quiso llevarme al teatro, porque me había comprado un vestido muy bonito y un collar de perlas, y deseaba que lo vieran las amigas para darles rabia.

—Pues ahora la que rabia es ella—contestó el muchacho. Y tú—dijo volviéndose al chiquitín—, ¿qué cama tenías?

—No vayas á creer—saltó el menestralillo—que

dormía como tú en mitad de la calle. Aunque mis padres eran pobres, me habían comprado una cunita dorada y un cobertor precioso con unos chinos de trenzas muy largas y unos pájaros *la mar* de raros. Todas las noches tomaba una copita de leche con te y allí no hacía frío. ¡Qué había de hacer!

—Entonces, ¿para qué fuiste á ver la comedia?

—Porque á mi madre la regaló billetes una vecina y por no perderlos... ¡Ya ves!

—Pues chicos—dijo el golfo levantándose del asiento—, ¿sabéis lo que os digo?

—¿Qué?—interrogaron los dos niños á un tiempo.

—Que vuestras camas han sido de *órdago*; pero que habéis tenido unas madres muy *recondadas*.

ANTONIO ZOZAYA

LIBROS

Pocas obras modernas tan interesantes como *Ana Karenine* se han traducido en España. Esta hermosa novela es un acabado estudio de la alta sociedad rusa.

Con arte exquisito, Tolstói desarrolla escenas íntimas y sencillas, pero grandiosas y arrebatadoras, que trastornan y conmueven.

Leyendo *Ana Karenine*, nos hace vivir el ilustre escritor en aquella sociedad moscovita que verifica su evolución á despecho de las tradiciones; asistimos á las pintorescas carreras de aquel clásico país del frío; nos compenetramos del espíritu de Rusia, durante la guerra con Servia, y sufrimos al observar la aflictiva situación de los desdichados campesinos rusos.

El estudio sobre el adulterio, la descripción del casamiento de Constantino Levine, y el suicidio de Ana Karenine son páginas que arrancan frases de admiración y hacen brotar lágrimas, porque son verdaderamente conmovedoras.

La hermosa traducción está hecha por el malogrado profesor de lenguas D. José Santos Hervás, y forma dos gruesos tomos de cerca de 400 páginas cada uno, al precio de una peseta tomo, con lo cual se ve que la acreditada casa editorial «Maucci», de Barcelona, no repara en sacrificios y trata de ofrecer al público toda clase de ventajas.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

No hay mejor vino de mesa que el vino de *Balganón*. Limpia, fija y da esplendor, como la Academia. De venta en la calle del *Caballero de Gracia*, 56, bodega del *Jalón*.

Si el gobierno tuviera sentido común, que no lo tiene, declararía de utilidad pública los retratos al platino del gran fotógrafo *Jiménez, Cruz*, 19.

Este consejo debiera escribirse en letras de bronce para perpetuarlo eternamente: ¡Aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, Sevilla, 13!

La hora de felicidad—ya lo dijo el poeta—sólo la señalan los relojes de *D. Luis Ulled, Hortaleza*, 58.

Vale la pena de ser rico sólo por poder comprar los elegantísimos muebles que se venden en el gran establecimiento de *A. Vallejo, Alcalá*, 17.

¿Queréis ser felices, completamente felices? Pues bebed una copita á dos del *Anís del Mono*! ¡Y vengan penas!

La Cosmopolite.

No hay competencia posible con este papel de fumar de puro hilo. Es el más higiénico de todos. Pedirlo en los estancos. Precio: 10, 15 y 20 céntimos. *Depósito, Farmacia*, 3, principal.—*Francisco Igual, Madrid*.

VINOS DE RIOJA

Tinto fino..... 0,50 botella.
Clarete superior..... 0,60 »
Rioja Medoc..... 0,75 »

En botellas con malla precintada.

SAN MATEO, 15, «BODEGA RIOJANA»

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales, Fuencarral, 102, y *Preciados*, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIA, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.